

EJERCICIO DE PREPARACION

PARA

LA HORA DE LA MUERTE,

que se practica en una de las distribuciones
del Retiro espiritual de Sevilla, situado
en la iglesia

de San Cosme y San Damian.

Lo escribió, siendo su Director,

EL DR. D. MANUEL MARÍA DE ARJONA,

*Canónigo Penitenciario de la Iglesia Catedral
de Córdoba,*

Y SE REIMPRIME

á expensas de su Hermano.



CON LICENCIA.

Madrid: Imprenta de D. E. Aguado, 1827.

C. 1877-Mayo 24

© Biblioteca Nacional de España

EXERCICIO DE PREPARACION

PARA

LA HORA DE LA MUERTE.

que se practica en una de las distribuciones
del Retiro espiritual de Sevilla, situado
en la iglesia

**Omnes artes meliùs addiscuntur exercita-
tione quàm doctrinâ. Nobis, quibus non
nisi semel mori permittitur, nulla via
melior aperitur, quàm meditandi et co-
gitandi quidin morte geratur.**

Bellarmin. De Art. ben. moriend. lib. 2. cap. 1.

Y SE REIMPRIME

en el Retiro de la Hermandad



CON LICENCIA

Madrid: Imprenta de D. E. Aguado, 1827.

ADVERTENCIAS,

que conviene leer antes de empezar el ejercicio.

El ejercicio de preparacion para la muerte es de tan conocida utilidad, que solo podrá dudar de ella quien dude de la religion. Los soldados se acostumbran á la guerra, haciendo en la paz todas las evoluciones militares; porque no es prudencia aprender á costa de perder batallas. Lo que movió á un antiguo capitán para decir, que en la guerra no se podia errar dos veces, siendo por lo comun irreparable el daño del primer yerro. No es otro ciertamente el fin del ejercicio de preparacion para la muerte; en la cual el error cometido trae consecuencias, que no podrá remediar toda la eternidad que la sigue.

Deseando, pues, contribuir por nuestra parte á la propagacion de tan fructuoso ejercicio, hemos compuesto el presente, en que se ha seguido el camino de amor y dulzura, que es el que generalmente conviene á las personas que tratan de perfeccion, en cuyo favor hemos principalmente trabajado. No por eso creemos



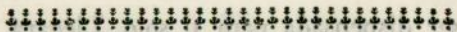


que será inútil á los que vivan olvidados de su salvacion, ó cuiden poco de su adelantamiento; porque el objeto que presentamos á su consideracion, carece para ellos de todos los atractivos que lo hermosean á la vista de los justos, y conserva siempre el terror necesario para inspirar en sus almas un saludable sobresalto, que suele ser el principio de la correccion de sus costumbres.

Rogamos á quien haga el presente ejercicio, lo ejecute con mucha pausa y tranquilidad: de otra manera poco fruto podrá esperarse; pues los afectos suaves que por la mayor parte lo componen, necesitan de mas reposo que los fuertes, cuyas impresiones, por ser mas violentas, hacen mas prontamente su efecto.

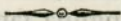
Quien al empezarlo sienta su corazon embargado con los objetos mundanos, deberá prepararse con alguna leccion sobre la muerte; y no será inoportuno tener á la vista alguno de los menos horrorosos despojos de nuestra mortalidad.

Aunque este ejercicio puede practicarse por cada uno á su tiempo y comodidad, va dividido en dos partes, una para la mañana y otra para la tarde, con el fin de acomodarlo á la distribucion del santo Retiro, para que se escribió.



EJERCICIO

de preparacion para la muerte.



A LA MAÑANA.

I.

Para morir bien, se ha de meditar mucho en la muerte. Todas las artes y los oficios se aprenden mejor con la experiencia que con la doctrina del maestro; pero como en la muerte no cabe experiencia, porque solo se muere una vez, no nos queda otro camino para aprender á morir, que representarnos vivamente lo que pasa en aquella hora, dice el venerable cardenal Belarmino. Imagínate pues, ó cristiano, ya en los últimos momentos de tu vida. Tú has de morir, y la ley impuesta á todos los hijos de Adan, no ha de

ser dispensada para ti solo. Llegará, llegará ciertamente el día, y quizá mas presto de lo que piensas, en que se acabará el mundo para ti, y tú para él. No hay en todas las cosas criadas ninguna tan cierta, como esta hora incierta. Considera pues su certidumbre, para prevenir los infinitos males, que su incertidumbre te puede ocasionar. Empieza ya á desprenderte de todo; pues sabes con evidencia que eres un reo sentenciado á muerte, aunque ignoras cuando ó como se ha de ejecutar la sentencia. El Señor te dice como á Ezequías, que dispongas de tus cosas pues vas á morir. Aviva, aviva, ó cristiano, la fe; aviva el mismo conocimiento, que te da la experiencia continua en tantos amigos y deudos, como ya has perdido; y haz lo que entonces quisieras haber hecho.

II.

*Aceptacion de la muerte, como
pena del pecado de Adan.*

Reflexiona que la muerte es el castigo del pecado de Adan. Pecó nuestro primer padre, y todos sus infelices descendientes sufrimos el golpe. — Pero justo eres en todo, Señor, y siempre nos castigas menos de lo que merecemos. Alabo pues y ensalzo tu misericordia, y abrazo el decreto de mi muerte, como una pena muy debida á quien trae su origen de un padre que te ofendió.

III.

Aceptacion de la muerte , como castigo de nuestros propios pecados.

Advierete tambien que la muerte es una justa satisfaccion , que Dios quiere recibir de tu cuerpo pecador. ¡ Oh ! ¡ cuántos son (dile al Señor) los pecados que han manchado mi vida ! Justo es , Dios mio , que tomes de mí algun castigo con la muerte. Justo es , que un cuerpo tan halagado con todos los placeres , se vea hecho algun dia pasto de los gusanos. Justo es , que mi avaricia tenga por premio una vil tierra que la cubra. Justo es , que mi altanería me conduzca al sepulcro , donde sea hollado de todos.... Pero ¡ ah , Señor , que en tu misma justicia eres siempre misericordioso ! Pudieras haber fulminado contra mí una sentencia mas dura é

infinitamente mas terrible ; y te has contentado con la de muerte temporal. Sea glorificada tu divina clemencia.

IV.

Aceptacion de la muerte, solo por ser un decreto de Dios.

Mas ¿no basta para que aceptes gustoso la muerte, ver que es esta la voluntad de tu Dios? Él es tu dueño, tu señor absoluto, y puede hacer de ti libremente lo que quiera. Él te impone al criarte el sacrificio de tu destruccion; ¿con qué derecho lo pudieras rehusar?—Pues es la muerte un decreto tuyo, yo, Señor, la acepto con todo mi corazon. Aun cuando me fuera permitido no pasar por esa espada, de mi propia voluntad eligiera morir, para agradarte cumpliendo tus mandatos. ¡O

muerte! ya no te miro como una enemiga mia; te abrazo, si, como un precepto de mi Dios, y me pareces hermosa, porque no veo en ti tu natural deformidad, sino la voluntad divina que comunica su hermosura á cuanto toca.

V.

Aceptacion de la muerte, por conformarnos á Jesucristo.

Pero aún eleva, cristiano, mas alto tu pensamiento. Mira sobre la cumbre del Calvario crucificado á tu Dios: ve espirar á tu Redentor entre acerbísimos dolores.— ¡Jesus mio! tú has bebido el amargo cáliz de la muerte; ¿quién podrá repugnarlo? Sellado está su borde con tus labios divinos, y es ya dulcísimo para mí. Triste cosa me sería no haber de morir, habiendo tú muerto. Murió el

Señor; ¡muera el vasallo! murió el inocente; ¡muera el criminal! murió el Redentor; ¡muera el cautivo!

VI.

Utilidades de esta aceptacion.

Con esta aceptacion de la muerte lograrás, ó católico, que te premie Dios, como un acto voluntario, el paso que forzosamente has de dar. Admitiendo la muerte por los motivos ponderados, y sobre todo por conformarte á Jesucristo, llegarás á tener parte con los mártires, y un galardón esencial, igual ó tal vez mayor que el suyo, como enseña santo Tomás; según sea igual ó mayor la caridad con que hicieres esta aceptacion. Ellos murieron por honrar á Dios; y tú mueres también por honrarlo. Ellos se entregaron al cuchillo;

y tú te entregas á la enfermedad. Ellos se sometieron á la sentencia del tirano; y tú te sujetas al beneplácito de Dios. Considérate pues, como una víctima unida á Jesucristo, y dile al Señor: Recibe, Dios mio, este holocausto que te presento: heme aquí sacrificado y dedicado á la muerte por mi voluntad propia. Cuando llegue mi postrer momento, no atien- das, Eterno Padre, á mis pecados; mira á Jesus en mí. Olvida con esta vista mis maldades, y admíteme á tu gracia. Y pues tu muerte, Sal- vador de mi alma, es mia, como lo fue tu vida y todos tus méritos, séalo en el efecto, y sufra yo la muer- te en union de tu santísima muerte.

VII.

Aceptacion de todas las circunstancias de nuestra muerte.

Con esta consideracion ámate, cristiano, y pasa á aceptar la muerte con todas las condiciones, con que el Señor te la tiene preparada ; sea de una suave enfermedad, sea con crueles dolores : sea en tu lecho muy esperada , sea repentina : sea en la vejez , sea en medio de tus años floridos : sea consolado de tus amigos y parientes, sea abandonado de todos : sea por naturaleza , sea á manos de un asesino : sea en la ciudad, en el campo , ó en el mar : sea donde tú quieras , Señor. Tú eres mi dueño ; en tus manos está mi suerte, y yo contentísimo con lo que tú dispongas.

VIII.

*Peticion de una buena muerte
por los méritos de Jesu-
cristo.*

Solo te pido, Señor, la gracia final y tu misericordia en aquel momento postrero. Es verdad, Dios mio, que mi vida no merece esta muerte. Si quisieras usar de justicia, castigarias en aquel instante todas las deslealtades con que he correspondido á tus beneficios. Yo, Señor, te he abandonado á ti ; razon fuera que tú entonces me abandonáras á mí. Mas por tus dolores y afrentas : por tu sangre pródigamente vertida por mi bien ; y sobre todo , por la infinita caridad en que por mí se abrasa tu corazon amantísimo , te ruego, Señor , no te acuerdes de que yo te he ofendido , sino de que tú me has redimido. ¿ Qué gloria te puede resul-

tar de que perezca la hechura de tus manos? ¿Qué honor hará á tu sangre la pérdida de uno de tus hijos? Estos son los únicos títulos con que yo puedo obligarte; pero títulos muy poderosos. Sí, Dios mio: mirando lo que has padecido por mí, ¿cómo podrás reprobarme? ¿Cómo podrás permitir que yo sea un enemigo tuyo por toda la eternidad? ¡Ah, Señor! levantaré mi clamor hasta el cielo, y no cesaré hasta que oigas mi peticion. Carga sobre mí todas las penas de los hijos de Adan: haz que todos los hombres y todo el universo se conjure contra mí; mas no vaya yo, Dios mio, donde tu nombre sea blasfemado, y deshonorado el precio de mi redencion.

IX.

*Petición de los sacramentos.
Confesion espiritual para la
hora de la muerte.*

Como las circunstancias de tu muerte tal vez no te permitirán recibir los santos sacramentos, ó aunque los recibas, no dejarán prepararte para ellos segun desees, ¿qué remedio habrá para precaver una pérdida de tanta importancia? ¡Ah! que la bondad de tu Dios ha proveído á esta falta, si es involuntaria. Manifestó Jesus á su esposa santa Gertrudis, que lo que se ejecuta en vida para prepararse á la muerte, lo recibe como si fuera hecho en la última hora, si entonces no puede practicarse. Representate pues el instante de tu muerte, y disponte ahora para recibir espiritualmente todos los sacra-

mentos, que te han de confortar en aquel trance. Primeramente debes recibir en espíritu el sacramento de la penitencia. — Iglesia santa, que he deshonrado con mis iniquidades : santos protectores míos, cuyo patrocinio he menospreciado: sagrados ángeles, y en especial amado custodio mio, cuya vigilancia por mi bien he burlado tantas veces, sedme testigos: delante de vosotros y delante de los cielos y de la tierra me declaro por reo digno de eterna muerte. Mas tú, Jesus mio, pontífice eterno, que por la virtud de tu sangre hallaste para mí la redencion, y me abriste el tabernáculo celestial, borra por tu misericordia mis pecados, y aunque esté mi alma mas teñida que la púrpura, quedará mas blanca que la nieve.

Aquí debe hacerse la confesion espiritual. Se dice el Confiteor: se ponen á la vista de Dios nuestros pecados: se pide la absolucion de

ellos á Jesucristo, con intencion de confesarse cuando se pueda ; y se acaba con el acto de contricion. Pero será mejor hacer la primera confesion , como si hubiese de ser la última de nuestra vida.

X.

El viático recibido espiritualmente.

Ahora recoge , hermano mio , todas las fuerzas de tu espíritu para recibir con él , como viático , el sacrosanto cuerpo de tu Redentor Jesus , que se ha quedado oculto en el adorable sacramento del altar , para ser tu fortaleza en esta milicia espiritual , y singularmente en la última batalla. Ruégale pues con todo ardor , que no salga tu alma de la prision de este cuerpo mortal , sin ser fortalecida con este celestial ali-

mento. Pero ¡ah! que tal vez no te será concedida tanta felicidad. Acude pues al remedio, que el mismo Señor te manifestó por santa Gertrudis, y disponte ya á recibirlo espiritualmente. Y pues esta comunión espiritual es obra toda de la fe, aviva tu fe cuanto puedas, y considérate ya puesto en la última agonía. Represéntate en la imaginacion, que ves llegarse hácia ti el sacerdote llevando en sus manos el sacrosanto cuerpo de Jesus. Adórale ahora en espíritu, como entonces lo harás, y dile: *Adórote, cuerpo santísimo de mi Señor Jesucristo, que por la santa Cruz redimiste el mundo. Señor, redimid mi alma.*

Mira despues cómo te rociarán con el agua bendita en señal de remision de tus pecados: haz ahora con ella en tu frente la figura de la Cruz, pidiendo que por la virtud de esta ablucion, instituida por la Iglesia, sean perdonados tus pecados

:

veniales; acordándote del agua sacrosanta del bautismo, en que fuiste reengendrado para la vida eterna.

Si se hace este ejercicio en congregacion, conducirá que un sacerdote dé á cada uno el agua bendita, para que se signe con ella.

Seguirá á esto la protestacion de la fe católica, que te pedirá la Iglesia como á hijo suyo, antes de entregarte el cuerpo de tu Salvador. Hazla ahora con tanto fervor, como quisieras hacerla moribundo. Tu madre la Iglesia te pregunta: (*si se hace en congregacion, añadirá el sacerdote: por mi ministerio:*) respóndele con la mayor devocion.

Sacerdote. ¿Creeis en Dios Padre todo poderoso, criador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis en Jesucristo, su único Hijo?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis en el Espíritu Santo ?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que Padre, Hijo y Espíritu Santo son tres personas y un solo Dios verdadero ?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que nuestro Señor Jesucristo, en cuanto hombre, fue concebido por el Espíritu Santo, y nació de la Virgen santa Maria, quedando ella vírgen antes del parto, en el parto, y despues del parto ?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que padeció, que fue crucificado y muerto por salvar los pecadores ?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que fue sepultado y descendió á los infiernos, de donde sacó las almas de los santos padres, que estaban esperando su santo advenimiento ?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que al tercero dia resucitó de entre los muertos, y subió á los cielos, y está sentado á la diestra de Dios Padre; y de allí ha de venir al fin del mundo á juzgar los vivos y los muertos?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que todos hemos de resucitar en nuestros propios cuerpos, para que cada uno reciba galardón ó castigo, conforme á sus obras?

R. Sí creo.

Hecha la protestacion de la fe, da el sacerdote á besar la Cruz al moribundo. Bésala tú ahora, y adórala profundamente, acordándote que en ella te redimió el Hijo de Dios de la muerte eterna que habias merecido:

Si es en congregacion, un sacerdote dé á besar la Cruz; ó póngase esta junto al altar, para que por su orden vayan todos adorándola y besándola.

Aún pide de ti la Iglesia católica nuevas muestras de tu fe: responde á tu santa madre que te dice por su ministro:

S. Réstaos confesar los sacramentos de la santa Iglesia católica, por los cuales nos salvamos. ¿Creeis que en la Iglesia católica, que es la congregacion de los fieles cristianos, por el Bautismo y por los otros sacramentos nos perdona Dios nuestros pecados, y nos hace herederos de su reino?

R. Sí creo.

S. ¿Creeis que por virtud de las palabras que dijo Cristo en la última cena, y cualquier sacerdote rectamente ordenado, por pecador é indigno que sea, dice, se convierte la substancia de pan en el cuerpo de Cristo, y la substancia del vino en su sangre?

R. Sí creo.

Aplica ahora mas tu atencion;

excita mas tu devocion, ó cristiano.

S. ¿Creeis (*dirá el sacerdote,*) que esto que yo ahora tengo en mis manos es el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo?

R. Sí creo.

Si se está en congregacion, en iglesia donde haya Santísimo, diga el director: Alzad la vista, hermanos, á aquel santo tabernáculo: encended mas y mas vuestra fe y vuestra caridad: desead uniros á Jesus sacramentado, que allí realmente habita. — Aquí debes inflamarte en ardiente amor, á Jesus en este adorable sacramento, y pedirle que no te deje morir sin recibirlo. ¡Ah, Señor! yo te suplico una y mil veces con todas las fuerzas de mi corazon, que no me dejes pasar á la eternidad, sin que me visites en este sacramento de amor, tomando por la última vez posesion de mi alma y de mi

cuerpo. Víctima ofrecida al Padre por mis pecados fuiste, Jesus mio, sobre el ara de la Cruz; y todos los méritos de esta víctima de valor infinito se me comunican en este sacramento. ¡Qué consuelo para mí, amado Salvador mio, que cuando yo esté para ser inmolado como hijo de Adán, el sacrificio de mi vida, unido al de la tuya, suba ante el trono de tu Padre en olor de suavidad!

Pero antes de unirte á Jesus sacramentado, te pedirá la Iglesia un nuevo requisito, que es el amor con todos tus prójimos: responde desde ahora á su pregunta.

S. ¿Perdonais de corazon á todos los que os han hecho injuria ó algun pesar?

R. Sí perdono.

S. ¿Pedís asimismo perdon á aquellos que en algun tiempo habeis ofendido por palabra ó por obra?

R. Sí pido.

Con esta declaracion , que debe ser muy sincera , pasa ya el sacerdote á entregarte el cuerpo de Jesucristo. Representate al vivo, alma mia, este venturoso momento. Dí el *Confiteor*.

Representate tambien que oyes decir al sacerdote: "He aquí el cuerpo de Dios; he aquí el que toma sobre sí todos los pecados del mundo:" y tú responde desde ahora: "Señor , no soy digno de que entres en mi morada ; basta que digas una palabra, y mi alma se verá luego sana." (*Dícese tres veces.*) Oye en fin las últimas y halagüeñas palabras de la deseada entrega: "Recibe , hermano, el viático del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, que te defienda del enemigo maligno, y te lleve á la vida eterna. Amen."

Hágase ahora la comunión espiritual , que consiste en el deseo de unirse á Jesus sacramentado. Lo me-

jor será hacer la primera comunión, como si hubiera de ser la última de nuestra vida, formando intencion de aplicárnosla por viático.

Si es en congregacion el ejercicio, y hay sacramento en la iglesia, recuerde el director, que se dirijan los deseos de amor á Jesus presente en el altar.

XI.

La Extrema Uncion recibida espiritualmente.

Pero la caridad infinita de tu Salvador, no contenta con tantas gracias, como te darán estos dos sacramentos, ha sacado, hermano mio, otro auxilio para tu última agonía de los tesoros de su poder infinito. Ha instituido Jesus el sacramento de la Extrema Uncion, para purificarte de las reliquias del pecado, y para dar-

te robustez, capaz de resistir á todas las legiones del abismo.

La eficacia de la sangre de Jesucristo está mezclada con esta santa Uncion; y así debes pedirla con todo fervor para aquella peligrosa hora. Tal vez entonces no la recibirás, ó la recibirás con poca ó con ninguna atencion. Precave desde ahora este daño, recibiendo tambien espiritualmente este dulcísimo sacramento. Dí el *Confiteor* interiormente; y trasladando la atencion á los últimos momentos de tu vida, repite con todo fervor las siguientes oraciones, semejantes á las que entonces usará la Iglesia.

En el nombre del Padre ✠ y del Hijo ✠ y del Espíritu ✠ Santo, destrúyase toda la influencia del diablo sobre mí, por la imposicion de las manos del sacerdote, y por la invocacion de todos los santos. Amen.

✠ Sobre los ojos. (*Todos se hacen la señal de la santa Cruz.*)

Por cuanto sufriste, Jesús mío, en tus purísimos ojos, viendo al impío pueblo que te escarnecía, perdóname cuanto he pecado por la vista. Amen.

✠ Sobre los oídos.

Por cuanto padeciste, Señor, oyendo las fieras voces de tus enemigos y las blasfemias contra tu santo nombre, perdóname cuanto he pecado por el oído. Amen.

✠ Sobre las narices.

Por cuanto padeciste, Dios mío, en la Cruz con el hedor del Calvario, perdóname cuanto he delinquido por el olfato. Amen.

✠ Sobre la boca, cerrados los labios.

Por cuanto sufriste, Redentor mío, en tu boca santísima, amargada con la hiel y vinagre, perdóname cuanto he pecado por el gusto y por el habla. Amen.

✠ Sobre las manos.

Por los dolores que padeciste en tus benditas manos, cuando en la Cruz fueron taladradas con los clavos, perdóname, Señor, cuanto he delinquido por el tacto. Amen.

✠ Sobre los pies.

Por cuanto sufriste, Señor, en tus sacrosantos pies, caminando en busca de los pecadores, y descargando sobre ellos todo el peso de tu cuerpo, cuando por mi bien pendias de la Cruz, perdóname tantos inicuos pasos como he dado por ofenderte. Amen.

✠ Sobre el corazon.

¡Ah, Dios mio! ¿Quién podrá numerar los delitos de un corazon que siempre deberia haber sido tuyo, y nunca lo ha sido? Mas por el ardor que abrasó tu corazon santísimo, particularmente en la noche de la cena y sobre el suplicio de la Cruz, perdóname, Señor mio, cuan-

to he pecado con mis desarreglados afectos en toda mi vida. Amen.

Salva, Dios mio , á tu siervo que solo espera en ti. Envíame, Señor, tu santo auxilio, y desde tu gloria defiéndeme. Sé tú mismo, Señor, mi torre de fortaleza contra los asaltos del enemigo. No prevalezca el dragon contra mí, ni pueda dañarme el hijo de la iniquidad. Oye , Señor , mis ruegos , y no deseches mi clamor.

Mira, Señor , con clemencia á este tu humilde siervo, y consuela esta alma que tú has criado , para que purificada con los castigos , consiga los eternos consuelos por los méritos de Cristo nuestro Señor. Amen.

XII.

Encomendacion del alma , como si se estuviera en la agonia de la muerte.

Imagina , cristiano , que fortalecida tu alma con estos tres sacramentos , se apresura el momento de partir al tribunal de Jesucristo , para ser juzgada. ¡O instante terrible! ¡O instante peligrosísimo! ¡O juicio espantoso , de que se han estremecido los santos ! ¡O sentencia de eterna ejecucion ! ¡O aprieto el mayor de todos los posibles ! Viéndote en tan inminente peligro tu santa madre la Iglesia católica , dirije sus mas tier nas y afectuosas oraciones al juez , que es su esposo. Pídele al Señor que no mire tus méritos , sino que atienda solo á los gemidos y clamores con

que esta esposa inmaculada le ruega por ti: y por si acaso en aquella hora no puedes ni oír ni acompañar sus peticiones, óyelas y acompáñalas desde ahora, transfiriéndote en espíritu al artículo de tu muerte. Recíbelas benigno, gran Dios, según tu infinita misericordia: recíbelas, pues es tu Iglesia quien te clama.

Encomendacion del alma.

Se empieza por rociarse con el agua bendita y adorar la santa Cruz; lo que podrá omitirse, por haberse antes ejecutado en la recepcion espiritual del viático.

Las letanías se ponen en boca del mismo moribundo en esta traduccion; las demas oraciones en la de la Iglesia, que es quien encomienda á su esposo las almas de sus hijos: y se les quitara su mayor energía, variando la persona que pide.

Señor , ten misericordia de mí.

Cristo, ten misericordia de mí.

Señor , ten misericordia de mí.

Virgen María, Ruega por mí.

Todos los santos ángeles y arcán-
geles, Rog.

Santo Abel, Rueg.

Todo el coro de los justos, Rog.

Santo Abrahan, Rueg.

San Juan Bautista, Rueg.

San José, Rueg.

Todos los santos patriarcas
y profetas, Rog.

San Pedro, Rueg.

San Pablo, Rueg.

San Andres, Rueg.

San Juan, Rueg.

Todos los santos apóstoles y
evangelistas, Rog.

Todos los santos discípulos
del Señor, Rog.

Todos los santos inocentes, Rog.

San Esteban, Rueg.

San Lorenzo, Rueg.

Todos los santos mártires,	Rog.
San Silvestre,	Rueg.
San Gregorio,	Rueg.
San Agustin,	Rueg.
Todos los santos pontífices y	
confesores,	Rog.
San Benito,	Rueg.
San Francisco,	Rueg.
Todos los santos monges y	
anacoretas,	Rog.
Santa María Magdalena,	Rueg.
Santa Lucía,	Rueg.
Todas las santas vírgenes y	
viudas,	Rog.
Todos los santos y santas de	
Dios,	Interceded por mí.

Puede cada uno añadir aqui los santos de su devocion particular. Despues de un rato de suspension se sigue:

Séme propicio:	Perdóname, Señor.
Séme propicio:	Librame, Señor.
Séme propicio:	Librame.
De tu ira	Lib.

:

Del peligro de la muerte	Lib.
De una mala muerte	Lib.
De las penas del infierno	Lib.
De todo mal	Lib.
Del poder del diablo	Lib.
Por tu nacimiento	Lib.
Por tu cruz y pasion	Lib.
Por tu muerte y sepultura	Lib.
Por tu gloriosa resurreccion	Lib.
Por tu ascension maravillosa	Lib.
Por la gracia del Espíritu San- to Paráclito	Lib.
En el dia del juicio	Lib.
A todos los pecadores,	Como
te rogamos, óyenos, Señor.	
Para que nos perdones,	Como
te rogamos, óyenos, Señor.	
¡ Señor, piedad ! ¡ Jesus mio, piedad !	
¡ Señor, piedad !	

Sal, alma cristiana, de este mundo en el nombre de Dios Padre omnipotente, que te crió : en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo,

que por ti padeció: en el nombre del Espíritu Santo, que en ti se infundió: en el nombre de los ángeles y arcángeles: en el nombre de los tronos y dominaciones: en el nombre de los principados y potestades: en el nombre de los querubines y serafines: en el nombre de los patriarcas y profetas: en el nombre de los santos apóstoles y evangelistas: en el nombre de los santos mártires y confesores: en el nombre de los santos monges y anacoretas: en el nombre de las santas vírgenes y de todos los santos y santas de Dios. Hoy sea en la paz tu descanso, y tu habitacion en la Sion celestial, por los méritos de Cristo nuestro Señor. Amen.

ORACION.

Dios misericordioso: Dios clemente: Dios, que segun la muchedumbre de tus bondades borras los pecados de los penitentes, y perdonándolos, limpias las manchas de los pasados delitos, mira propicio á este siervo tuyo, y concédele la remision de todos sus pecados, que te pide con todo el ardor de su corazon. Renueva en él, piadosísimo Padre, cuanto ha corrompido la humana fragilidad, ó violado la fraude diabólica, y enlaza al cuerpo de tu Iglesia este miembro de tu redencion. Apiádate, Señor, de sus gemidos; apiádate de sus lágrimas, y admítelo al sacramento de tu reconciliacion, pues solo confia en tu misericordia: por los méritos de Cristo nuestro Señor. Amen.

Encomendámoste, carísimo her-

mano, á Dios omnipotente, y te entregamos en manos de aquel Señor, cuya criatura eres; para que cuando llegue la muerte á cobrar de ti la deuda de la humanidad, vuelvas á tu autor, que te formó del polvo de la tierra. Cuando salga pues tu alma de tu cuerpo, pedimos que le venga al encuentro el coro luminoso de los ángeles: que la reciba el senado de los apóstoles, jueces del universo: que la cerque el ejército triunfante de los mártires laureados: que la rodee la multitud refulgente de los confesores coronados de lirios: que la aplauda el alegre coro de las cándidas vírgenes, y que la abraza el gremio de los patriarcas en el seno del sempiterno descanso. Aparézcasele Jesús con semblante dulce y festivo, y concédale lugar entre los que le acompañan, alabándole perennemente. No experimente ni el horror de las tinieblas, ni el rechinar de las llamas, ni

la crueldad de los tormentos. Cédate el campo de batalla el feroz Satanás con todos sus satélites ; y estremeciéndose al verla llegar acompañada de ángeles , huya acobardado al horrendo caos de la noche eterna. Levántese Dios , y desaparezcan sus enemigos , y huyan á su vista todos los que le odian. Desháganse , como se deshace el humo , ó como la cera ante el fuego ; así perezcan los pecadores delante de Dios. Pero los justos se alegren , gozando de su vista y de su eterno convite. Confúndanse pues , y avergüéncense todas las legiones tartáreas , y los ministros de Satanás no se atrevan á impedir tu camino. Librete de los tormentos Cristo , que por ti fue crucificado. Librete de la muerte eterna Cristo , que por ti se dignó morir. Colóquete Cristo, Hijo de Dios vivo, dentro de los vergeles siempre amenos de su paraíso , y aquel pastor verdadero re-

conózcate entre sus ovejas. Él te absuelva de todos tus pecados, y te ponga á su derecha en la herencia de sus escogidos. Veas á tu Redentor cara á cara, y asistiendo siempre en su presencia, goces de la manifiesta y bienaventurada vista de la eterna bondad. Colocado pues entre los escuadrones de los bienaventurados, regocijate en las delicias de la contemplacion divina por los siglos de los siglos. Amen.

ORACION.

Recibe, Señor, á tu siervo en el lugar de salvacion, que espera de tu misericordia. *Respondan:* Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo de todos los peligros del infierno, de la prision de las penas, y de todas las tribulaciones. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Enoc, y á Elías

de la muerte comun del mundo. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Noé del diluvio. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como sacaste á Abrahan de Ur de los caldeos. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Job de sus aflicciones. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Isaac de ser sacrificado por su padre Ábrahan. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Lot de los sodomitas y de la lluvia de fuego. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Moisés del poder de Faraon, rey de Egipto. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu sier-

vo, como libraste á Daniel del lago de los leones. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á los tres jóvenes del horno encendido, y del poder de un inicuo rey. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Susana de la falsa acusacion. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á David de la mano de Saul y de Goliath. Amen.

Libra, Señor, el alma de tu siervo, como libraste á Pedro y á Pablo de las cárceles. Amen.

Y como libraste á tu virgen y mártir santa Tecla de los tres tormentos atrocísimos, así dignate librar el alma de este siervo tuyo, y hazlo gozar contigo de los bienes celestiales. Amen.



ORACION.

Encomendámoste , Señor , el alma de tu siervo , y te rogamos, Salvador del mundo , y Señor nuestro Jesucristo , que no rehuses admitirla en el seno de tu gloria con los patriarcas, puesto que por ella bajaste misericordiosamente de los cielos á la tierra. Reconoce , Señor , en ella la hechura de tus manos , que no ha sido formada por otros dioses , sino por ti, solo Dios vivo y verdadero; porque no hay otro Dios sino tú, ni quien á ti se asemeje en tus obras. Alegra, Señor, su alma con tu vista, y no te acuerdes de sus antiguas iniquidades, ni de las embriagueces que suscitó en ella el hervor y furia de los malos deseos: pues aunque haya pecado, no ha negado, sino ha creído al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y ha conservado el celo de Dios en sí, adorando fielmente al Señor que todo lo crió.

ORACION.

Rogámoste , Señor , que no te acuerdes de los delitos de su juventud y de sus ignorancias , sino segun tu gran misericordia , tenlo presente para darle la gloria de tu clara vista. Ábransele los cielos , denle el parabien los ángeles. Recibe, Señor , en tu reino á tu siervo. Recíbalo san Miguel, arcángel de Dios, que mereció el principado de la milicia celestial. Sálganle al encuentro los santos ángeles de Dios, y llévenlo á la ciudad de la celestial Jerusalem. Recíbalo san Pedro apóstol , á quien Dios entregó las llaves del reino de los cielos. Protéjalo san Pablo apóstol , que fue digno de ser vaso de eleccion. Interceda por él san Juan, apóstol escogido de Dios , á quien fueron revelados los secretos soberanos. Ruegen por él todos los santos

apóstoles, á quienes fue dado por el Señor el poder de ligar y de desatar. Aboguen por él todos los santos y escogidos de Dios, que sufrieron tormentos en este mundo por el nombre de Cristo; para que suelto de los vínculos de la carne, merezca subir á la gloria del reino celestial, concediéndosela nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.

XIII.

Meditacion sobre el rigor del juicio. Actos de confianza, y despues de abandono en Dios.

Llega ya, cristiano, con la imaginacion al momento final. Ya se va á ver la decision de este pleito, el éxito de esta batalla, el fruto de to-

do lo obrado. ¡Qué luz no recibirá el alma en el mismo instante que se separe del cuerpo! ¡De cuán diferente modo comprenderá entonces las cosas! Verá, como en un mapa, escrita toda su vida con todas sus obras, y hasta las menores circunstancias de ellas. No tienes que meditar, ni la severidad del juez, ni la delgadez del juicio, ni la astucia y malignidad de los acusadores, ni el corto número de los que serán salvos de la ira, y el grande sobremayoría de los que perecerán. No hay para qué ponderar, que los mismos bienaventurados se estremecen á la vista del juez, y que, como dice san Juan, los cielos querrán ponerse en huida, al ver el rigor con que tratará á los pecadores. No te canses finalmente en considerar, que si en sus ángeles halló faltas, ¡cuánto mas en una vil criatura, concebida entre iniquidades! En todo esto se puede

temer alguna exageracion dirigida á amedrentar los pecadores. Una sola sentencia lo incluye todo, y en ella no cabe ponderacion : *Dios, eterna é inmutable verdad, te ha de juzgar en verdad.*

Pero no desmayes , alma cristiana, y esfuérzate á agradar á tu Dios. No te entregues al ocio ; no aflojes en tu fervor : y aunque reconozcas en ti en la última hora algunos defectos , dirás con una ejemplar religiosa de la Visitacion : no puedo temer con cuanto se me dice del juicio ; porque al fin este Jesus que ahora va á juzgarme , es el mismo Jesus que sacó al publicano Mateo del telonio para el apostolado ; el mismo que buscó fatigado y sediento á una escandalosa samaritana ; el mismo que se dejó tocar los pies por una pública pecadora , y al punto se hizo su abogado contra el fariseo que la acusaba ; el mismo que perdonó á

Pedro su infame negacion, y á los demas apóstoles su vergonzosa fuga; el mismo que libró á una adúltera del rigor de la ley, sin darle mas repension que decirle: *muger, no peques mas*; el mismo que se ha comparado al padre excesivamente amoroso del hijo pródigo; el mismo finalmente, que desde el suplicio de la Cruz donde lo habian puesto los pecados, rogó por los pecadores. ¿Ha mudado acaso tu Redentor de condicion por haber subido á los cielos? Era la misma dulzura conversando con los hombres, - ¿y se ha hecho inflexible á la diestra del Padre?

¡Amabilísimo Jesus mio! ¡ah! que con el mismo amor arde por mi bien ahora tu corazon, que ardió sobre la tierra; y pronto estás á sufrir de nuevo todos los tormentos que sufriste en el mundo, si condujera para mi salvacion. Abogado mio eres

todavía en la presencia del Padre ; y con este fin , aun triunfador de la muerte , has introducido en el cielo las señales sagradas de tus llagas. ¿ Cómo podrá condenarme un juez, (diré con santo Tomas de Villanueva:) cómo podrá condenarme un juez, en cuyo santo cuerpo brillan impresas las insignias de mi redencion ? Aun cuando yo callára , hablarían en mi defensa sus mismas heridas. Si algun consuelo, pues, tengo en este juicio , es que ningun hombre me ha de juzgar, que todos son inicuos y envidiosos, sino que tú serás , mi Jesus , solamente: tú , Salvador mio , amparador mio , abogado mio , padre mio , toda la esperanza mia, y todo mi bien y todo mi regalo. — Y nada puedes hacer mejor , alma cristiana , ni en aquel momento, ni en este para aquel, que abandonarte sin reserva á la voluntad de tu Dios. Desposéete desde

ahora de ti misma, y considérate ya entregada en manos de tu Redentor. ¡O qué bien estás! ¡cuánto mejor estás en su poder que no en el tuyo! San Francisco de Sales no inspiraba otro pensamiento á los moribundos, que el de este abandono; porque conociendo muy bien la bondad de Dios, tenia por imposible que se perdiera quien se abandona en él. Un tirano no se vengaria en quien se fiase de él, ¿y se vengará Dios? ¡Ah! tanto espero en ti, Dios mio, que casi ya no hallo peligro en mi suerte. Descuido de ella, y enteramente me abandono en los brazos de tu paternal providencia. A ti me entrego con todo cuanto soy: á ti fio mi alma; ni vida ni muerte pido para ella: tú eres su dueño; todo lo renuncio menos el amarte.

XIV.

MEDITACION DEL PURGATORIO.

Aceptacion de él, y nuevos actos de confianza y abandono en Dios.

No temas pues con exceso, alma devota, el juicio de tu Dios; que como decia David, mejor es caer en sus manos que en las de los hombres, pues al fin son muchas sus misericordias. Para quien en vida no se burla de la elemencia divina, hay clemencia en la muerte. No es tu Dios ningun traidor que halaga primero, y quita la vida despues: y así, si ahora no eres ingrato á sus finezas, aun las experimentarás mayores en tu muerte. Confia cuanto puedas: esta confianza no solo te librará del infierno, sino tambien quizá del purgatorio. Es verdad que de esta dolorosa purificacion se

libertan pocos, poquísimos; y aun leemos haber pasado por ella algunos de los mismos santos, que la Iglesia ha colocado sobre los altares. Profundos son los juicios de Dios nuestro Señor, y no debemos investigarlos. Pero aunque es justo temer sus llamas, y considerarlas muy debidas á nuestra ingratitud, siempre agrada al Señor que confiemos mucho de su infinita clemencia. Santa Liduina reconvino fuertemente á un sacerdote porque dijo, que se contentaba con padecer tantos años en el purgatorio, cuantos granos de mostaza contenia un vaso que estaba á la vista; y despues le fueron manifestadas las atroces penas, que por haber fiado tan poco en Dios, sufría en el purgatorio el mismo sacerdote: de suerte que por temer demasiado el purgatorio, padeció un purgatorio mayor. De quien dió la vida por tan viles criaturas, ¿qué no se debe confiar?

Demasiado indigno es el ánimo que juzga apocadamente de Dios.

Pero supón por un momento, que para muchos años te destine el Señor á aquellas llamas penetrantes; y haz el acto de aceptacion del purgatorio, que con grande mérito han hecho muchas personas espirituales. Los pecados mortales, perdonados por la confesion, pero no recompensados con una digna penitencia: las continuas culpas veniales á que has dado franca entrada: tantas gracias desperdiciadas: tantas virtudes negligente-mente ejercitadas: tanto tiempo, que deberias haber empleado en amar á Dios, perdido sin fruto: el amor propio mezclado en tus mas santas obras: los sacramentos recibidos sin la justa preparacion: la caridad con el prójimo tantas veces, si no vulnerada, por lo menos desatendida: tantos beneficios de Dios, poco agradecidos, ¿no son suficiente motivo, para que te

envie el Señor á satisfacer su justicia en aquella cárcel, tal vez hasta la consumacion de los siglos? — Si ese es tu beneplácito, yo acepto, Jesus mio, todas estas penas, y alabo, y bendigo y ensalzo tu santo nombre, como si luego que mi alma saliese del cuerpo, la llevarás en derechura al goce de tu gloria.

Pero aun puedes ejercitarte en un acto de caridad no menos meritorio y agradable á Jesus. Imita segun tus fuerzas la generosidad de tu Redentor, despojándote de tus obras satisfactorias, y renunciándolas en sus manos, para que las aplique á otras almas segun su beneplácito, quedándote tú á sola merced de su clemencia.— ¡Cuántos habrá en el purgatorio que te hayan ofendido menos que yo? ¡Cuántas almas de sublime virtud, detenidas en él por pequeñas imperfecciones! Mejor será, Dios mio, que estas pasen luego á gozarte aplicán-

doles tú los cortos talentos que yo he adquirido , para satisfacerte. Yo, que por una extraordinaria misericordia no he descendido al infierno, me quedaré muy gustoso en el purgatorio , sufriendo las penas que á esas santas almas restaban que padecer. Desnudadme, Señor, en favor suyo de cuanto haya obrado ó sufrido en el mundo; que yo no quiero mas tesoro que tu bondad , ni mas premio que tu voluntad.

XV.

Visita y afectos á Jesus sacramentado , como si estuviéramos en la hora de la muerte.

¡Qué dicha sería para ti, hermano mio, espirar teniendo á la vista á tu Redentor sacramentado! ¡Con qué apacibilidad encomendarías entonces

tu espíritu en sus manos! Acuérdate pues ahora del instante, en que estarás próximo al juicio, y busca á Jesus oculto en el sacramento. Eleva tus ojos á aquel altar santo, donde reposa y reina. Ea, Jesus mio: presente, presente te tengo en verdad bajo el velo de ese augusto sacramento. Quien me ha de juzgar en la muerte, eres tú mismo que estás en esa hostia. ¡O si aquí pudiera entregarte mi alma, donde estás respirando llamas de infinita caridad! Yo te pido por gracia, que en el momento de espirar, sea mi alma transferida aquí para ser juzgada, y que ese altar sagrado sea tu tribunal. ¿Mas podré yo creer, que lleno ahora de amor en ese sacramento, te despojarás de él en aquella hora, que es cuando mas lo necesito? ¿que siendo todo amor en esa hostia, seas todo rigor en la silla de juez? ¡Ah! que donde quiera que estés, tú eres siem-

pre el mismo; tú eres siempre Jesus; tú eres infinita caridad; tú eres la víctima ofrecida por mis pecados, y el precio con que me sobra infinito para pagar mis deudas y las de todos los hijos de los hombres.

XVI.

DEPRECACION

á la Virgen santísima.

Mas para animar plenamente tu esperanza, recurre, cristiano, á la madre del juez, y por lo mismo madre de toda clemencia. ¿Quién podrá perecer con el patrocinio de la Reina de los cielos y tierra? ¿Y cuándo esta amantísima Reina ha negado su proteccion á los mas viles pecadores? Yo, madre mia, no temo ya á todo el abismo conjurado contra mí: no recelo de sus asechanzas, ni de

mi flaqueza. Tu amparo es para mí una prenda tan segura de mi salvacion, que con él ya la doy por cierta. Ya me parece que saliendo mi alma de esta prision, se presenta á Jesus, que con semblante halagüeño me dice: los ruegos de mi madre, que me ofrece en favor tuyo los dolores que sufrió conmigo por tu bien, te acaban de abrir las puertas del cielo para gozar de mi gloria.

XVII.

Fin y advertencia sobre el fruto de este ejercicio.

La conclusion de este ejercicio será forzosamente un atentísimo examen de conciencia, en que se tomen las mas firmes resoluciones y medidas mas serias para el arreglo de nuestra vida; pues el apóstol san Pablo nos enseña, que *el que se juzga á sí mismo, previene á Dios su accion,*

y así no será juzgado. Despues de salir del ejercicio, evítese toda distraccion ; pues de otra manera las verdades meditadas en él, serán de mucho cargo y de poca utilidad. Por último, empléese lo restante del dia ó parte de él, si se puede , en leccion ó meditacion sobre la pasion y muerte del Señor, supuesto que la Iglesia recuerda á los agonizantes este misterio, que obró nuestra felicidad.

Memento mei, Deus meus, in bonum.

Sea para honra y gloria de Dios y bien de las almas, redimidas con la sangre del Cordero divino.

HIMNO.

Vírgen, cuyo nombre
Al infierno aterra;
A quien el empireo
Aclama su reina.

Desde el alto solio,
Madre de clemencia,
Desciende á ampararme
En mi lucha horrenda.

De muerte las sombras
Mi espíritu cercan,
Que el abismo abierto
A mis pies presentan.

Son ¡ay! mis pecados
Mas que las arenás,
Que el mar estendido
Bate en sus riberas.

Contra mí indignada
La Justicia eterna,
El rayo ya vibra
En la airada diestra.

Mas ¿cuándo en los siglos
Se oyó que perezca
Quien te implora, ó Vírgen,
Por su medianera?

Sí, madre: mi alma
De angustias exenta,

Vestirse ya siento
De celeste fuerza.

A tu solo nombre
La serpiente fiera,
Cual del rayo herida,
Huyó á sus cavernas.

Ya mi dulce esposo,
Las iras depuestas,
En su amante mano
El laurel me muestra.

¡Qué pura alegría!
¡Qué santa terneza,
Redentor benigno,
El alma enagena!

A Dios, mundo inicuo,
Que al justo desprecias;
Donde el vicio triunfa
Contra la inocencia.

A Dios para siempre,
Execrable tierra,
Que el sagrado nombre
De mi Dios blasfemas.

A ti voy, ó patria,
Mansion de pureza,
Que en perpetuos himnos
A Jesus celebras.

Pronto veré, ó cielo,
Tus escuadras bellas,
Y á Jesus ciñendo
La corona regia.

Rompe ya, alma mía,
 Rompe estas cadenas,
 Y al divino seno
 De tu amado vuelas.
 ¿Abrirse no miras
 Las etéreas puertas,
 Y en luz inundada
 La region suprema?
 ¡Corazon sagrado!
 En tu amor me incendia;
 Abrasa mi alma,
 Deidad sempiterna.

CANTILENA.

Ensalcemos al rey que glorioso
 De la muerte rompió las cadenas:
 Y cantemos, divina María,
 Al que os hizo de vida la reina.
 Él os hizo su madre amorosa,
 Su morada regia,
 Su esposa escogida,
 Su amiga perfecta,
 Su lecho florido,
 De su gloria muestra,
 Su eterno recreo,
 Toda la belleza.

Ensalcemos al rey, &c.
 Él os hizo su luna argentada,

Del norte la estrella,
 Su huerto cerrado,
 Su blanca azucena,
 Refugio de tristes,
 Gloria de la tierra,
 Fuente de la gracia,
 Mar de la pureza.

Ensalcemos al rey, &c.

Él os hizo su torre murada,
 Su Judit guerrera,
 Su Dévora invicta,
 Su Ester predilecta,
 Su dulce paloma,
 Vaso de la ciencia,
 Mansion de la vida,
 Alma de su Iglesia.

Ensalcemos al rey, &c.

¡O María! la vista amorosa
 A este valle volved de miserias,
 Y alcanzad de Jesus á su grey
 Puro amor, que la vida fenezca.

Por tu ruego á la patria subamos;
 Y los coros angélicos vean
 Por ti llenas las sillas gloriosas,
 Que vacantes dejó la soberbia.

Ensalcemos al rey, &c.

A JESUS PUESTO EN EL SEPULCRO.

Cantilenas.

I.

¡O serafines!
 ¡O coro excelso!
 Cantad victorias
 A Jesus muerto!
 El triunfo canten
 La tierra y cielo,
 Que al mundo salva
 Del crudo averno.
 De amor herido
 Yaces, mi dueño,
 Y amor espiras
 Cadáver yerto.

II.

Venciste, ó muerte,
 Por tu desgracia;
 Que dando el golpe,
 Saltó la espada.
 Murió el pecado,
 Por cuya causa,
 Fue á la inocencia
 La muerte dada.

Y murió, ¡ó Padre!

Ya tu venganza,

Pues en el justo

Quedó saciada.

III.

En tu sepulcro,

Redentor mio,

Súbite nacen

Rosas y lirios.

Bajo la losa

Cárdeno y frío,

Eres la vida

Del cielo mismo.

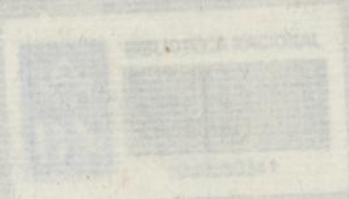
¡Oh! vuela al Padre,

Tornando invicto,

Y abre las puertas

Del paraíso.





Y murió, ¡O Padre!
 Ya tu venganza
 Pues en el justo
 Quedó saciada.

III.

En tu sepulcro, Oh
 Redentor mio
 Subito naces
 Rosas y lilas
 Bajo la cruz
 Cardeno, y Ido,
 Esta la vida
 Del ciclo mismo.
 ¡Oh! vuela al Padre,
 Tornando invicto,
 Y abre las puertas
 Del paraiso.

